

DOSSIER: LA GUERRA CIVIL ESPAÑOLA DE 1936-1939 EN LA NUEVA HISTORIA MILITAR¹

Javier Rodrigo y Manuel Santirso. Universitat Autònoma de Barcelona. España

E-mail: javier.rodrigo@uab.cat / manuel.santirso@uab.cat

Descartado el sofisma de que la explotación económica, el Derecho o cualquier otro elemento que contenga coerción también son violencia, todos sabemos a qué nos referimos cuando hablamos de ella y todos distinguimos intuitivamente la que se ejerce de forma individual de la que presenta un carácter colectivo. El interés historiográfico por ésta última ha aumentado después, y en buena parte a consecuencia, del colapso de cierta izquierda política y académica tras 1989, y eso explica que hoy se repiensen las distintas manifestaciones de ese fenómeno con ayuda de autores que escribieron bastantes décadas antes. Por ejemplo, se recurre a Hannah Arendt para diferenciar la violencia de la revuelta (de 1789 o de 1917) y de la revolución (de 1793 o de 1918), el *Gran Miedo* (del verano de 1789) y el *Terror* (de 1793-1794), esa «forma de gobierno que llega a existir cuando la violencia, tras haber destruido todo poder, no abdica, sino que, por el contrario, sigue ejerciendo un completo control»².

Dejando de lado ciertas mistificaciones, también se suele aceptar que, si bien toda guerra contiene violencia armada colectiva, no toda ésta puede llamarse guerra. Las guerras aparecen, en fin, como expresiones muy peculiares de lo social, y así se entiende que deben ser estudiadas por los historiadores. Sin embargo, tampoco hace mucho que se ha adoptado este enfoque crítico, incluso en el ámbito anglosajón, donde la historia de la guerra y de las guerras es un género acreditado, pero en ella han prevalecido la narración y los aspectos técnicos. De nuevo, la orfandad teórica en este campo ha obligado a recurrir a autores de hace varios decenios, como Carl Schmitt, por lo demás muy alejado ideológicamente de Arendt. Se ha invocado a menudo su célebre artículo “Enemigo Total, Guerra total y Estado Total” (1937), y algo menos su *Teoría del partisano* (o *del guerrillero*, según se prefiera): *acotación al concepto de lo político*³, en la que se traza una genealogía política de las guerras populares a partir de la guerrilla peninsular de 1808-1814.

Schmitt omitió los conflictos españoles posteriores a 1815, más por ignorancia de ellos y cortesía política hacia su auditorio que por suponer que refutaban sus tesis. En efecto, las guerrillas realistas y carlistas de 1822-1823, 1827-1828, 1833-1840 y 1846-1849, en tanto que contrarrevolucionarias, rompen las conexiones que el autor alemán establecía entre revolución y guerrilla, y entre ésta y nación. Las guerras de emancipación americana hasta 1824, la de Marruecos de 1859-1860, la de Santo Domingo en 1861-1865 o la de Cuba en 1868-1878 dan un rotundo mentís al presunto retorno de las guerras *de caballeros* después del Congreso de Viena de 1815, una

¹ Proyecto «Las alternativas a la quiebra liberal en Europa: socialismo, democracia, fascismo y populismo (1914-1991)» (HAR2011-25749) del Ministerio de Economía y Competitividad.

² ARENDT, Hannah, (2005), *Sobre la violencia*, Madrid, Alianza Editorial [1969], p 74.

³ SCHMIDT, Carl, (2013) *Teoría del partisano* (o *del guerrillero*, según se prefiera): *acotación al concepto de lo político*. Edición de Madrid: Trotta, 2013. La primera versión de ese texto fue una conferencia dictada en Navarra en 1962.

restauración del *Ius Publicum Europæum* que jamás se vería en las colonias. Es más, en la segunda guerra de Cuba de 1895-1898 se patentaron los campos de concentración como parte de una estrategia contraguerrillera que se concibió mucho antes y se perfeccionaría en otras latitudes. No pasarían muchos años hasta que en otra guerra colonial, la del Rif de 1921-1927, se ensayaran los bombardeos aéreos de armas químicas sobre población civil. Por fin, y es lo que más importa aquí, Schmitt se desentendió de los muchos conflictos intermedios entre 1918 y 1939 que nos permiten hablar de una *guerra civil europea de los treinta años*, en especial los que tuvieron un componente contrarrevolucionario. Ante todo, y por las razones ya indicadas, soslayó el español de 1936-1939.

Para el buenismo ideológico y académico que inhibía el estudio de las guerras y se conformaba con condenarlas moralmente, era mejor ignorarlas. Eso tendría que haber rezado muy especialmente para la Civil española de 1936-1939, cuyo desenlace dio paso a treinta y siete años adicionales de dictadura, a una oleada inaudita de represión y de sufrimiento, a la separación de España de la Europa desarrollada y democrática... Sin embargo, ese conflicto ha sido, con mucha diferencia, el tema de historia de España que más tinta ha hecho correr. La paradoja desaparece cuando se descubre que solo una pequeña parte de la montaña de obras al respecto trata realmente de la guerra, mientras que la inmensa mayoría se ha ocupado de las luchas políticas que se libraron en retaguardia. Más que estudiar la guerra, se la ha revivido como un bucle melancólico.

En el contexto de un resurgir de la historia militar, o más bien de su aparición bajo nuevos supuestos, la Guerra Civil española está llamada a ocupar de nuevo un lugar preeminente, pero solo a condición de que en la nueva agenda de investigación se la aborde de una forma distinta a la que ha dominado. En primer lugar, convendría despojarla de excepcionalidad e insertarla en una cadena de conflictos. Cuando decimos la *Guerra Civil española* y omitimos añadir *de 1936-1939*, arrumbamos las anteriores, las de 1822-1823, 1833-1840 y de 1872-1876, hasta olvidar el deseo del poeta de vivir una vida beata «en un viejo país ineficiente/ algo así como España entre dos guerras/ civiles». Más todavía: habría que resistirse al tópico del cainismo hispano congénito y ligar todas esas guerras civiles no solo entre sí, sino también con las exteriores y coloniales. Cierto, los carlistas combatieron en 1833-1840, en 1872-1876 y finalmente en 1936-1939, pero esa última vez lo hicieron codo con codo con tropas y oficiales procedentes del Protectorado de Marruecos.

Solo así, el laboratorio histórico de las guerras españolas proporcionará resultados positivos y contrastables. Quedará confirmado que en toda guerra civil de alguna envergadura existe un componente exterior. Se desmentirá que el año 1914 –tan conmemorado más allá nuestras fronteras– terminaron las guerras *de caballeros* y comenzaron las *totales*, porque éstas no habían desaparecido, y menos fuera de Europa. Se reafirmará, por si hiciera falta, que las guerras no son explosiones irracionales, accidentes evitables, sino formas de enfrentamiento siempre disponibles. Por último, y sin contradicción con lo anterior, se podrá evaluar su papel como hitos fundacionales de nuevos ordenamientos políticos o sociales.

La guerra en España fue crudelísima, pero eso no convierte su historia en excepcional: entre 1919 y 1949 hubo guerras internas, abiertas o larvadas, en casi todos los países europeos: Rusia, Finlandia, Hungría, España, Francia, Italia, el Reino de Yugoslavia, Polonia, Grecia... Tras la caída de los grandes paradigmas socioeconómicos, la historiografía ha vuelto la vista a las guerras europeas en busca de claves identitarias y culturales, descifrando los conflictos civiles o interestatales desde la perspectiva de, entre otras, la categoría de *cultura de guerra*. Uno de los grandes objetivos de la nueva historia militar pasa, así, por la revisión de algunos conflictos

bélicos como el del 36-39 a la luz de las categorías interpretativas fuertes que se han venido generando en las últimas décadas alrededor, fundamentalmente, de las guerras mundiales del siglo XX. Una de ellas, huelga casi decirlo, ha sido la de *guerra total*, desde las, al menos, tres definiciones que ha manejado la historiografía: la movilización completa de todos los recursos existentes (económicos, políticos, culturales y de mano de obra masculina y femenina) de la nación para apoyar el esfuerzo bélico; la utilización de todos los medios a disposición de la nación (militares, ideológicos, científicos) para lograr la victoria; los objetivos bélicos ilimitados, la victoria total como destrucción total del oponente. Así pues, son guerras que llegan «a todos los lugares» y afectan «a las vidas de todas las personas», más allá de su dimensión militar⁴. En su análisis de 1999 de la guerra total, Roger Chickering señaló cómo su impacto en la historiografía había servido para ampliar las investigaciones sobre la relación estrecha que existe entre guerra y sociedad. Por ese motivo, es necesario abordar cuestiones como la percepción de la guerra como total a la luz de la definición de sus objetivos, el carácter de la movilización social (para el servicio militar y para el mantenimiento de servicios laborales esenciales), la movilización económica (que incluye acomodar la economía a las necesidades de la guerra y asegurar el suministro de servicios) y la financiación de la guerra, o la manera en que la población civil en el frente interno fue objeto de ataques militares, haciendo borrosa la distinción entre soldado y ciudadano.

A nuestro juicio, la categorización de la guerra del 36 como total depende, básicamente, de lo que entendamos por esta última. Independientemente de si fue así denominada o no por sus contemporáneos, fue (también) una guerra contra la población civil, transformadora en sus prácticas de ocupación territorial, atravesada de culturas de la violencia que abarcarían por igual a soldados y no combatientes, a las ciudades, las casas, las iglesias y los campos. Una guerra en la que tanto la movilización de bienes como la explotación de recursos humanos y económicos, propios o incautados, tuvo como principal objetivo asegurar la victoria bélica, incluso a costa de las carencias de la población no combatiente. La capitulación incondicional, la consideración del civil como objetivo preferencial, la movilización, control y coerción totales, la disolución de las fronteras entre los espacios y las nociones de público y privado y, sobre todo, la utilización de métodos totales de guerra a despecho de los más elementales principios morales (asesinato de civiles, internamiento preventivo y despiadado de soldados, depuraciones violentas de la población) fueron los jalones de una guerra total en los frentes y en las retaguardias, en la que la identificación propia y del enemigo se hizo también a través de elementos totales: todo o nada, el bien contra el mal.

Los estudios que componen este dossier tienen muy presentes estas precauciones y esos objetivos. Desde la gestión de la retaguardia analizada por Assumpta Castillo hasta la participación en la violencia abordada por Isaac Martín; desde el bombardeo de la retaguardia franquista que presenta Juan Boris Ruiz hasta la participación militar de las armas italianas examinada por Edoardo Mastrorilli; y en esa misma dirección, la internacional, la totalización del conflicto en términos de identidad y propaganda abordada por Paola Lo Cascio desde el caso italiano y la desmovilización de los combatientes transalpinos antifascistas estudiada por Enrico Acciai, los artículos que

⁴ Las citas, en CHICKERING, Roger: “La Guerra Civil española en la era de la Guerra Total”. En: *Alcores*, n. 4 (2007), pp. 21-36. Ver BECKETT, Ian F. W.: ‘Total War’. En: Colin MCINNES y G.D. SHEFFIELD (eds), *Warfare in Twentieth Century: Theory and Practice* (London 1988), 1-24; CHICKERING, Roger: ‘Total War: The Use and Abuse of a Concept’. En: Manfred F. BOEMEKE, Roger CHICKERING and Stig FÖRSTER (eds.), *Anticipating Total War: The German and American Experiences 1871-1914*, Cambridge, Cambridge University Press, 1999, pp. 13-28.

componen este dossier ofrecen más elementos de análisis para profundizar en este sentido.

Todo ello abre perspectivas comparadas de primer orden que, obviamente sin agotar los temas abordados, permiten pensar en una historia bélica de la guerra del 36 realizada desde perspectivas novedosas, con miradas interdisciplinares y abordaje comparativo. El caso de las violencias es, de hecho, posiblemente el que más se haya beneficiado de esa mirada transversal y de fuera adentro. Una de las características del *warfare* contemporáneo, cada vez menos reglado y más fluido ha sido, de hecho, la acumulativa progresión del porcentaje de civiles muertos en las guerras. Matar civiles se ha convertido en una gran constante del conflicto contemporáneo, en proporciones crecientes y cada vez más lacerantes. En la Guerra Civil española, aproximadamente la mitad de las muertes fue de combatientes y la otra mitad, de civiles. Más civiles que soldados cayeron en el caso de la Italia de 1943-45. Pero tal cosa no es ni de lejos exclusiva de los conflictos civiles. Sin ir muy lejos, en la reciente ofensiva israelí sobre Gaza de 2014, a principios de agosto la proporción entre víctimas militares y civiles palestinas (que suponían el 95,96% del total) era, según las estimaciones periodísticas, de 1 a 3, tres cuartas partes de civiles por una parte de militares. Según Mary Kaldor, el cómputo total de las guerras del siglo XX depara el paso de una proporción de 8:1 a otra de 1:8 entre bajas militares y civiles.

La historiografía, al contrario del análisis de la ciencia política sobre las guerras, tiende a descartar los análisis teleológicos y a analizar el pasado sin establecer relaciones necesarias y omnicomprensivas de causa-efecto. En el caso de las guerras civiles es evidente: al fijar el foco sobre las guerras del post-89, la ciencia política descarta la continuidad con las guerras del XIX y la primera mitad del siglo XX que, si fijamos el foco en Europa, encontraremos como gran factor de construcción nacional. Guerras revolucionarias-contrarrevolucionarias como la rusa o la finlandesa, guerras internas entre fascismo y antifascismo como en España o en Italia, o combates entre secciones partisanas y/o frente a la ocupación y el colaboracionismo como en Polonia, Francia, Yugoslavia y Grecia se acompañaron de unas multiplicidad y multidireccionalidad extremas, que afectaron a las lealtades, a las acciones individuales y a la actuación frente al enemigo. La guerra civil es siempre una lucha por la forma futura de la sociedad, por lo que siempre implica la purificación de algún tipo. Y esa superposición, junto con el hecho que como reconociera Victor Serge, en una guerra civil no se reconoce a los no beligerantes, es la que marca las dimensiones y grados de sus violencias internas.

Las guerras civiles, por fin, no tuvieron siempre como actor principal al Estado. Sobre esto, y sobre la preponderancia que tal actor tiene en el análisis desde las ciencias políticas, la historiografía aún tiene mucho que decir. ¿Acaso el Estado es el mismo en todas latitudes? ¿Acaso no se producen guerras civiles por el derrumbe del Estado? ¿Acaso no en contextos de multiplicación de las soberanías? ¿Acaso no se hacen las guerras civiles también para construir Estados? Las guerras civiles, sean del XIX o del XX, necesitan de marcos explicativos que vayan más allá de generalizaciones como la tardía modernización, tópicos como el de la pobreza estructural, o idealizaciones atemporales como la dominación secular y los desequilibrios ancestrales. La mayoría de las veces el actor principal no es el Estado sino para-Estados en competencia por el poder y el control administrativo, militar y del capital simbólico de la nación. En las guerras civiles, la disputa por la legitimidad hace de perpetradores y víctimas, ejércitos y líderes, sujetos de combates, también, por el capital simbólico de la comunidad nacional. Sus violencias son, por tanto, mecanismos de toma y mantenimiento del poder en todos los órdenes, pero también elementos performativos para la transformación de

la sociedad y la construcción del futuro que afectan a todos los órdenes de la sociedad. Todo eso forma parte de lo que entendemos por guerra total. Y forma parte, también, del dossier que aquí se presenta, que tiene como origen sendos paneles de dos congresos diferentes, en Módena y en Madrid. Queremos agradecer a la RUHM y, en particular, a David Alegre, Miguel Alonso y Félix Gil el que nos hayan cedido su casa para hablar de estas cuestiones.